

Cocolos, emigración y narrativa dominicana

Lancelot Cowie*

RESUMEN: El desarrollo de la industria azucarera en la República Dominicana requirió mano de obra para el corte de caña y el trabajo en el ingenio. La dificultad en atraer trabajadores locales resultó en la contratación de obreros de las islas inglesas Anguila, St. Kitts, Antigua, Nevis, Tórtola, etc., donde el masivo desempleo provocado por la industrialización facilitaba el traslado de los isleños hacia las zafras dominicanas. En San Pedro de Macorís, lugar de su asentamiento, se los llamaba despectivamente “cocolos”.

Esta ponencia intenta estudiar la historia y delineación de estos obreros inmigrantes, su conducta, su idiosincrasia y modo de vida en el ingenio desde la narrativa dominicana del siglo XX. Las obras seleccionadas son un espejo del racismo, del rechazo cultural y de la explotación de los cocolos en el cañaveral. Cabe destacar que las novelas recientes asumen tardíamente una actitud reivindicatoria ante la ausencia de estudios críticos al respecto.

inmigración - cocolos - novela

ABSTRACT: *The development of the sugar industry in the Dominican Republic in the early XIX century required increased manpower in the cutting and harvesting of sugar cane in the factories. The difficulty in obtaining local workers resulted in the contracting of migrants from the English speaking Caribbean islands Anguilla, St. Kitts, Antigua, Nevis, Tortola, Barbados and Jamaica where massive unemployment caused by burgeoning industrialization, facilitated the movement of islanders to the sugar cane fields of the Dominican Republic. The workers settled principally in San Pedro de Macorís and were pejoratively described as ‘cocolos’.*

The focus of this article is to analyze in the Dominican narrative the history and delineation of these migrant workers, their way of life, customs, gastronomy, religious beliefs, education and their impact on the host country. The selected works mirror the racism, cultural rejection and exploitation of the cocolos in the sugar plantation. The recent works on the subject are generally vindicatory in nature and the research points to a paucity of critical material on the cocolos.

immigration – cocolos - narrative

Con la escasez de la mano de obra en los cañaverales dominicanos, se reclutaron a finales del siglo XVIII braceros de las Antillas menores que en la primera década del siglo XIX alcanza su mayor flujo; el grueso de ellos provenía de St. Kitts, Nevis y Anguila. El polo de succión laboral era los ingenios de San Pedro de Macorís,¹ Santo Domingo, Puerto Plata y La Romana, a donde los trabajadores llegaron con grandes ilusiones de mejora económica para luego retornar a sus tierras natales. Ese sueño pronto se desvanecía. Esa inmigración laboral negra, discriminada y aislada de la sociedad

*University of West Indies.

1 Para una descripción detallada de la comunidad cocola en San Pedro de Macorís, ver la cita de la novela *Navarajo* de Francisco E. Moscoso Puello en la investigación minuciosa de Humberto García Muñiz y Jorge L. Giovannetti. “Garveyismo y Racismo en el Caribe: El caso de la población cocola en la República Dominicana”. January – June 2003: 151. *Caribbean Studies*, Vol. 31, nº1.

dominicana receptora, fue rápidamente apodada con el despectivo “cocolos”, término de origen incierto. La opinión más frecuente atribuye el nombre a un error de pronunciación del nombre de la isla de Tortola; por su parte, el historiador Frank Moya Pons la explica como una “modificación de la voz congolo, esto es, venido del Congo, de la misma manera que se llamaba angolo a los venidos de Angola, y negrolos a algunos esclavos africanos o sus descendientes”. Otras aproximaciones destacan la derivación portuguesa del término porque “o coco era la forma en portugués de designar al hombre negro de África” que los españoles incluyeron en su vocabulario al involucrarse con la trata de esclavos.² Sin embargo, la definición lírica de Antonio Frías Gálvez en su poesía “Cocolo de Cocolandia” sabe resumir la verdadera esencia del espíritu del cocolo, lejos de los devaneos léxicos que poco lo describen:

Los cocolos son aquellos
negros que vinieron
de sus islas tropicales
con banderas de hermandades
con trajes oscuros, de luto y domingueros,
respeto, mutualismo y sociedades.

Los cocolos son aquellos
negros que vinieron
de sus islas tropicales
con espejos, flautas y tambores,
alegrando las calles soñolientas,
en cadencia de trémulos sudores,
en torbellinos de huracanes.

Los cocolos son aquellos
negros que vinieron
de sus islas tropicales,
collar de esmeralda
a oriente del Caribe
mar de los conquistadores
de la madre España.

Los cocolos ya no vienen,
los guloyas son ya abuelos,
de pasos lentos en sus bailes
de fatiga en los saltos
de tambores destemplados
de sonidos bajos en la flauta
de miradas que sembró el tiempo
de pelos canosos
sobre sus lienzos negros...

En este artículo se examinará la reivindicación literaria del grupo cocolo, exaltando sus virtudes, su resistencia, su pensamiento y vida cultural en una selección de novelas de la República Dominicana que incluye *Tiempo muerto* de Avelino Stanley (1998), *Jengibre* de Pérez Cabral (1978), *Retrato de dinosaurios en la era de Trujillo* de Diógenes Valdez (1997), *El personero* de Efraim Castillo

2 Cita y definiciones tomadas de Fermín Álvarez Santana. *San Pedro de Macoris: su historia y desarrollo*. 2000, República Dominicana, Comisión Presidencial de Apoyo Desarrollo Provincial, Colección provincial, n° 10, cap. 18: 298-299. Cf. Fradique Lizardo, “Cocolo”. 1977. Suplemento Listín Diario, Sábado 15 de enero: 13, que incluye el gentilicio “cocolis”, nombre de una antigua tribu sudanesa.

(1999), *Cañas y bueyes* de F.E. Moscoso Puello (1975), *Batey* de Tarquino Donastorg (1972) y *Over* de Ramón Marrero Aristy (1940). Estas obras dibujan, en su conjunto, el perfil de la vida del cocolo que se puntualiza en la azarosa travesía marítima y el primer encuentro con la tierra extranjera, el traslado a los barracones infernales de la zafra azucarera, la adaptación a la labor agotadora, el abuso y la discriminación, la desilusión, el sueño frustrado del regreso al hogar y su cultura.

Marrero Aristy y Stanley presentan el periplo marítimo con todas las remembranzas del cruce de los esclavos, haciendo hincapié en las condiciones infrahumanas que padecían. El primero, describe que

En el vientre de un buque de carga, meten generalmente una cantidad de hombres dos o tres veces mayor que la prudente. Allí los negros pasan días y noches, los unos encima de los otros, alimentándose con pan y sardinas de latas que les son suministrados por los que el central envía a reclutar hombres a Haití y las islas inglesas. Gentes no acostumbradas a navegar, vomitan con frecuencia encima de sus compañeros. (Romero Aristy, 1981: 79)

Stanley, por su parte, presenta con mayor mesura y retórica los mismos problemas aunque resalta la sólida constitución física del negro ante todas las adversidades y, sobre todo, ante el hambre

Prácticamente parecíamos momias negras. Fueron once días comiendo mal y durmiendo peor, cuando acertábamos a dormir. La comida que llevábamos nos la comimos en los primeros cinco días pensando que íbamos a llegar en el tiempo normal. Pero nos demoramos tanto que el hambre no nos mató porque éramos negros. Y el negro pasa tanta hambre durante su vida que puede morir sin comer; pero no muere de hambre. (Stanley, 1999: 13)

Moscoso Puello se contrapone a las presentaciones anteriores no por tema sino porque idealiza con brochazos románticos el viaje del cocolo por el mar caribe

Llegan por el mar. Una mañana amanece un balandro en el puerto. Desde el muelle se alcanzan a ver como náufragos recogidos en el mar. Se baldea la cubierta sucia y hedionda. Es un espectáculo que hace pensar en los tiempos de la trata. Son estos barcos de ahora una miniatura de los galeones. Pero no tienen cepo, ni hay esposas, ni ningún instrumento de tortura. A bordo han hecho una travesía alegre, feliz, llena de satisfacción. Han pasado sus noches, contemplando el bello cielo del Caribe, sin sentir el dolor de sus abuelos. Y ahora en el puerto, enseñan su dentadura blanca, como pulpa de coco, para mostrar alegría. Se oye un vocerío. Dos o tres yolas se acercan ala embarcación. Y después de pasar una o dos horas en el muelle, por delante de sus equipajes, cajas, canastas y macutos, abrazan y saludan a sus conocidos. Desembarcan al mismo tiempo, dos o tres cerdos. En ocasiones, un par de monos *tities*. (Moscoso Puello, 1975: 109)

La vida del Batey, “que no era para gentes sino para animales”, refleja una nueva penuria que se suma a la ración frugal de comida que se transforman en constantes del sufrimiento en la mayoría de las novelas mencionadas. *Over*, por ejemplo, presenta una visión sociológica de este grupo heterogéneo de braceros, recalcando su hacinamiento (Marrero Aristy, 1981: 83-84). Stanley se destaca junto con Marrero Aristy por sus descripciones muy gráficas

de las lastimosas condiciones de la zafra. En *El tiempo muerto* el cocolo narra en primera persona toda su amargura en la faena azucarera: los bueyes y carretas atascados en el fangal,³ el sol abrasador y la tarea infernal de la bagacera, rescatada también por *Tiempo muerto: memorias de un trabajador azucarero* (1969) de Francisco García Moreira. *Tiempo muerto* de Avelino Stanley recurre a la intertextualidad con esta novela y su narración resumida de la escena del bagazo contrasta con el estilo lacónico del autor cubano; ambos logran infundir en el lector la tragedia de esta nueva forma de esclavitud aunque García Moreira logra una mayor verosimilitud

Las condiciones ahora eran más duras. El trabajo mayor. Siembra, resiembra, limpieza, abonado, virado de la paja..., todo a la intemperie. Por las mañanas había siempre un frío y un rocío que me empapaba de pies a cabeza. Después el sol implacable que me deshidratava. Tanto era su rigor que llegó un momento en que me provocó hemorragia por la nariz. Con un poco de agua por la cabeza me la contenía. Y para que no volviera, ponía hojas verdes de los árboles bajo el sombrero y la camisa. Por las tardes llegaban las lluvias, las que después de haber sufrido un sol abrasador me dejaban tiritando, hasta que la ropa toda se me secaba encima. [...] Los arados rompían las cuevas de insectos venenosos: arañas, alacranes, ciempiés, etcétera, cuyas picadas me tenían varias horas sufriendo. [...] La pila de bagazo estaba a la intemperie y como éste venía caliente por la presión de los molinos, al apilarse, el calor se conservaba debajo y por arriba la calentaba el sol, haciendo de aquello un verdadero infierno. En los pies se me hacían ampollas y cuarteaduras, y mi madre me tenía que poner fomentos fríos. Los días de limpieza eran los más fuertes. Era necesario correr mucho bagazo para mantener el fuego de los hornos. Los hombres mismos teníamos que compensar el bagazo a mano porque los molinos a veces no mandaban lo suficiente. Al ir bajando la pila el calor aumentaba. Por las tardes aquello era humanamente irresistible (García Moreira, 1969: 18, 26. Cf. Stanley, 1999: 144-145).

Los salarios recibidos se reducen a un vale, hecho que dificulta cualquier esfuerzo de ahorro, objetivo principal de la presencia cocola en la República Dominicana. Todos los novelistas reiteran esta forma tradicional de injusticia ya que “con ese papelito nada más se podía comprar en la única bodega del *Batey*. En ese lugar despachaban por el valor del *vale*. Sólo se podía comprar lo que ellos vendían. Si uno no consumía el total del *vale*, no le devolvían el dinero. Le devolvían otro vale.” (Stanley, 1999: 88. Cf. Marrero Aristy, 1981: 69 y García Moreira, 1969: 31). Sin duda, los títulos de *Tiempo muerto* constituyen el símbolo del sufrimiento del inmigrante bracero cuando se acaba la zafra y tienen que sobrevivir buscando labores mal pagas por doquier e, incluso, padeciendo del hambre persistente (Stanley, 1999: 90. García Moreira, 1969: 34-35).

3 Cf. Raúl González Enriquez, *San Antonio S.A.* 1942: 45. México, donde el autor mexicano presenta el mismo impacto pluvial en el transporte de la caña en la zafra de Veracruz; Pérez Cabral: 133-135; Moscoso Puello: 126 y Marrero Aristy: 127-128, quien lo describe con mayor lirismo

“Algunas veces llueve a torrentes. Los carriles se hacen intransitables. Los hombres entran y salen del corte, mojados como guabinas, encogidos con la mocha debajo del brazo, tiritando de frío, semidesnudos. [...] El eje de la carreta se queja como un enfermo [...] Caen los torrentes de lluvia sobre los hombres que se deshacen en los campos de caña. Aumentan las fiebres palúdicas en toda la finca... Los días son grises como la vida.”

Marrero Aristy, 1981: 153-156).

Las condiciones laborales y las vicisitudes adversas permiten que el fuerte temperamento de los cocolos aflore en los textos presentados: a mayor dificultad, mayor aguante, según rezan dichos como “los negros que somos más resistentes que la res mala” (Stanley, 1999: 87). Ese afán, sin embargo, desaparece a veces cuando el cocolo tiene que enfrentar condiciones laborales opresivas como el caso del cañaverl incendiado

Escalante y el mayordomo espolearon sus caballos y se encaminaron hacia el fuego, en tanto que el jefe, machete en mano, arengaba a unos cuantos trabajadores que estaban en la bodega comprando algo para comer. La mayoría del personal estaba en los cortes. Un **cocolito** que trató que trató de ocultarse en el cuarto de un barracón, fue sacado a planazos por el jefe. Acudir al fuego era un deber, y nadie podía ni debía eludirlo.

Todos los hombres, mocha en mano, corrieron al siniestro. El jefe cruzaba carriles y, haciendo atajos, exhortaba a los braceros dispersos, acudir a la candela. Ya escalante, a quien todos respetaban, con una veintena de hombres, ordenaba:

— ¡aquí, muchachos!... ¡una trocha! ¡arriba!

Con rapidez no usada, el personal le entró como fieras al ardiente cañaverl (Donastorg, 1972: 63-64).

En la vida familiar, la madre de un cocolo no acepta la desobediencia filial y “cuando el *cocolo* decía ya, tenía que ser ya” (Stanley, 1999: 93). Tanto la altanería (“los cocolos, chapurreando inglés, parecen significarse como superiores” (Marrero Aristy, 1981: 84) como la falta de docilidad se destacan en la idiosincrasia del cocolo:

Son menos dóciles que los haitianos. A menudo hace chencho *mala sangre* con blakis, el maquinista de la no.3. Este hombre es muy testarudo. Siempre quiere hacer lo que le da la gana. Le llama la atención sobre la manera de colocar los vagones en el chucho, le pide que no los deje tan lejos del cargadero.

Blakis sonríe maliciosamente. Le enseña los dientes como pulpa de cajuil y finge no entender. Ese es el recurso supremo de los cocolos.

— ¡Mi no comprendi, chencho!

Cuando dice esto es para hacer su voluntad. Para no obedecer. Cuando un *cocolo* termina por no entender lo que se le está diciendo, cuando olvida el español, hay que dejarlo (Moscoso Puello, 1975: 110).

La rebeldía tomó forma, además, en la constitución de sindicatos cuya conciencia revolucionaria se aplacaba con el exilio. Charlie Prandy y Taringo, ambos de “prácticas huelguísticas”, arengan a los cocolos a favor de una unidad laboral en *Jengibre*. La peculiaridad es que Pérez Cabral incorpora mayor cantidad de diálogos transcribiendo la lengua chapurreada de los sindicalistas (Pérez Cabral: 97). La lengua cobra nueva dimensión en *Tiempo muerto* de Avelino Stanley porque el protagonista la entiende como una forma de protección

Tomé el periódico y, de tanto leerlo y releerlo, como no tenía otra cosa que hacer, terminé aprendiendo esa lengua en la que, al principio, se me hacía todo tan difícil. No quiero decir que la leía con

toda la soltura requerida. Pero al poco tiempo sí lo logré porque siempre leía los pedazos de periódicos en los que el vendedor de pescado envolvía su mercancía todos los sábados. Saber leer me ayudó a aprender una forma de defensa (Stanley, 1999: 109).

Diógenes Valdez destaca la riqueza del léxico y el aspecto pintoresco del habla del cocolo radicado en San Pedro de Macorís en *Retrato de dinosaurios en la era de Trujillo*.

Enre los ‘macorisanos’, existe una forma de hablar muy pintoresca, en ocasiones, todo lo dicen mitad en un creole inglés y la otra mitad en un castellano demasiado folclórico. Las viejas iglesias, llamadas ‘chorchas’ —corruptela de la palabra inglesa, *church*— de estilo victoriano, abundan por doquiera. Las logias son más bien refugios donde los negros de origen inglés encuentran entre ellos mismos la comprensión que otros les niegan (Valdez, 1997: 8).

Los cocolos practicaban activamente la vida masónica y fundaron la logia Estrella de Puerto Plata (1889) y la Loyal Lux Dominicana (1896). Pero también, introdujeron una rica gastronomía caribeña en la sociedad dominicana: el “yanikeke”, el “domplín”, el “fungi”, el “mabi” y la bebida navideña “guavaberry” (Stanley, 1999: 145. Castillo, 1981: 169-210).

De la ficción analizada se desprende el racismo descarado que padecen los braceros emigrados a Santo Domingo. En *Jengibre*, Pérez Cabral proyecta el menosprecio que guarda el dominicano para con el trabajador negro, en particular el haitiano. Su aproximación le ha costado duras críticas que lo califican de racista y prejuicioso (Nadal, 1985: 14-15). Cabe recordar la ideología racista del dictador Rafael Leonidas Trujillo (1930-1961) que resulta en el furioso antihaitianismo y en la masacre de 1937. Efraím Castillo en *El personero* reelabora una nueva perspectiva del tema al relacionar el aspecto racial que atañe a los cocolos y a los haitianos con la economía basada en la explotación azucarera. En un supuesto documento que el ideólogo de la era, Monegal, le escribe a Trujillo encontramos la siguiente explicación:

¡tenga cuidado con la caña, jefe! Deberá usted siempre recordar, amado, que en las faenas de recolección Haití siempre ha sido un dechado de virtudes y gracias a esas cualidades llegó a ocupar un lugar cimero en el mundo preindustrial. Si damos rienda suelta a una política cañera estaremos afilando el cuchillo para nuestras gargantas. Deberá recordar, amadísimo, que la negritud del este es una negritud ocasionada por la caña y la contratación de los llamados isleños o *cocolos*, que llegaron por un periodo determinado de años y se quedaron para siempre. Los braceros haitianos harán lo mismo aunque los contratos se estipulen de gobierno a gobierno. ¿Cómo vería usted que nuestra riqueza cañera, a mediano plazo, se convierta en una dependencia de la mano de obra haitiana? Así el *batey*, su excelencia y *líder*, se convertiría en un microcosmos haitiano, en una célula cultural completa, en donde los odios ancestrales saldrán a flote y la noche de los cuchillos, más tarde que nunca, asolará esta patria que usted se ha dignificado a levantar de sus cenizas (Castillo, 1999: 138-139).

La perspectiva de la frontera y de la masacre del 37 se completan con la siguiente cita de la misma novela:

El 37, contrario a lo que muchos creen, no será recordado como un año de luto y dolor para nuestro país, que prácticamente ha

alcanzado la gloria bajo su dirección, sino como una fecha ratificadora de la *Separación* del 44. Esa política del *chapeo* deberá erigirse como una constante necesaria, lógica y nacionalista, si verdaderamente deseamos ser libres como país que respeta y venera sus ancestros. Nunca he dudado de que en algún rincón oscuro de la Patria se anide un *Moisés* que emerja vigoroso para desear reivindicar lo que los haitianos consideran como suya: la isla total. Nuestra frontera no puede convertirse, bajo ningún concepto, queridísimo *Jefe*, en otra Isla de la Tortuga, que nos enajene para siempre. Así, la Frontera deberá ser el lugar para la vigilancia eterna, llevando hasta ella hombres y mujeres puros, que evadan de sus conciencias todas las tentaciones que la corrupción del contrabando puede ofrecer. Estas dos variables enriquecerán robustamente la política intramigratoria y fortalecerán los dos poderosos signos de nuestra nacionalidad: el mulataje y la lengua (Castillo, 1999: 138).

Todas las manifestaciones de racismo y antihaitianismo se amplifican en las novelas recurriendo a los epítetos más hirientes y denigrantes que se dispersan sutilmente en la mayoría de las novelas y que perfilan al personaje del caporal blanco o negro, administradores, abusadores de su autoridad. La comparación entre la idiosincrasia de los cocolos y de los haitianos braceros deja ver que el primero funciona como una comunidad fuertemente asociada que sabe adaptarse a las circunstancias para transformarlas a su favor. Los segundos, en cambio, tienden a ser caracterizados como inferiores con el cliché de su brujería y su analfabetismo. Sin embargo, Manuel Millares Vázquez describe con detalle en *Vidas fecundas* (1964) la vida de los haitianos en el cañaveral. Con la inserción del comentario de un mayordomo sobre una haitiana rebelde, reconoce que “esa gente salvaje, personalmente no se considera inferior a nosotros”. Ante su amenaza de echarla del *batey*, la mujer le “enseñó las plantas de los pies diciendo: ‘usted se cree que porque es blanco vale más que yo. Mire: blancas tengo yo las plantas de los pies y con ellos piso la tierra’”(Millares Vázquez, 1964: 102). La segregación racial también se hace notar en la prohibición al cocolo de participar en la vida política de la dictadura trujillista, en el reclamo sindical o en el ascenso de escalafón, generalmente truncado por los amigos del poder (Stanley, 1999: 191-193).

Las novelas analizadas han rescatado del olvido oficial las peripecias de los inmigrantes caribeños que, como aquellos que trabajaron en la construcción del canal de Panamá, han dejado una impronta cultural, ética-laboral y lingüística en la República Dominicana. Sorprende la ausencia del legado artístico de los cocolos como el baile, los instrumentos musicales y los personajes carnavalescos traídos de St. Kitts, anguila, tórtola, nevis, barbuda y antigua, principalmente, como por ejemplo los momises y los guloyas. Es probable que los escritores hayan concentrado su interés en la recuperación del cocolo como un ser humano integral y no como súbdito explotado, aunque la única novela escrita desde una perspectiva cocola es *Tiempo muerto* de Avelino Stanley; el resto ofrece una mirada aún distante.

Bibliografía

CASTILLO, Efraím. 1999. *El personero*. (s.e.).

CASTILLO, José del. 1981. “Las inmigraciones y su aporte a la cultura

dominicana: finales del siglo XIX y principios del siglo XX". En: Bernardo Vega et al. *Ensayos sobre cultura dominicana*. Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, Museo del Hombre Dominicano.

DONASTORG, Tarquino. 1972. *Batey*, San Pedro de Macorís, República Dominicana, Imprenta Lockhart.

GARCÍA MOREIRA, Francisco. 1969. *Tiempo muerto: memorias de un trabajador azucarero*. Segunda edición. La Habana, Cuba, Ediciones Huracán.

MARRERO ARISTY, Ramón. 1981. *Over*. Biblioteca Taller 14. Undécima edición. Santo Domingo.

MILLARES VÁZQUEZ, Manuel. 1964. *Vidas fecundas*. (s.e.).

MOSCOSO PUELLO, F.E. 1975. *Cañas y bueyes*, Santo Domingo.

NADAL, Maritza Florentino de. 1985. "Acerca de Moscoso Puello y su novela *Cañas y bueyes*". *Isla Abierta*. Suplemento de *Hoy*, Sábado 22 de junio.

PÉREZ CABRAL. 1978. *Jengibre*. (s.e.).

STANLEY, Avelino. 1999. *Tiempo muerto*. Tercera reimpresión. Santo Domingo, Cocolo Editorial.

VALDEZ, Diógenes. 1997. *Retrato de dinosaurios en la era de Trujillo*. (s.e.).